

San Martín encuentra a Remedios

Durante la Semana Santa, San Martín se preguntaba “¿Dónde ver a Remedios?”, todas las niñas con velo de encaje en la cabeza le hacían pensar alguna frase hacia ella. Así llegó el Jueves Santo, San Martín había averiguado que Nuestra Señora de los Remedios se veneraba en el templo de San Miguel Arcángel. Le pidió a su amigo Carlos M. de Alvear que lo acompañase y allí estaban doña Tomasa, Remedios y la hermanita menor Nievécitas. Al pie de la imagen de la virgen de los Remedios la encuentra rezando y él, junto a Carlos María de Alvear se quedan de pie, rezando también. Para el día de Resurrección (el Sábado) don Antonio Escalada dio una fiesta en su casa y resolvió invitar a los viajeros de la fragata George Canning. Arturo Capdevila cuenta que San Martín aceptó más que gustoso. Allí le abrió su corazón cuando Remedios, sentada a su lado en un sofá, le preguntó cuáles eran sus planes:

—Muchos son los planes que tengo para el servicio de mi patria... la formación de un escuadrón brillante, luego la libertad de nuestro río Paraná, más adelante todo lo que exija América en la guerra de su independencia... Pero si tú, adorable criatura, me niegas tu amor... yo no sabría entonces hacer nada. Necesito de ti, desde la hora en que te miré por primera vez, como de la luz, como del aire... ¿qué me contestas?

La niña bajó los ojos y calló

—Contestame— le rogó él—. De nuevo te lo digo. Necesito de ti como de la luz, como del aire...

—Y yo también— respondió sin alzar los ojos...

Las bodas

Como todo militar debía pedir permiso para casarse. Para el 27 agosto de 1812 obtuvo la licencia firmada por los miembros del entonces Triunvirato: Chiclana, Pueyrredón y Rivadavia.

Se casaron el 12 de septiembre de 1812, luego de que ella cumpliera los 15 años. Los padrinos fueron Alvear y su esposa Carmen Quintanilla. Frente al altar de Nuestra Señora de los Remedios en la iglesia de San Miguel Arcángel pidieron las bendiciones. La boda se celebró en la Catedral.

La fiesta se realizó en la casa de doña Tomasa de la Quintana y don Antonio de Escalada. Un hermoso sarao con mucha música, alegría, luz y flores. No faltó nadie: Carmen Quintanilla de Alvear y su esposo Carlos María, Mariquita Sánchez de Thompson, María Eugenia de Escalada de Demaría y su esposo, entre otros.

Se sirvieron copas con refrescos, sorbetes y exquisitas confituras en bandejas de plata. En un momento entra don Antonio de Escalada, golpea las manos para que se suspenda el baile y dejar pasar a tres fornidos Granaderos que querían entregar, en representación del regimiento, un presente a su jefe y su esposa. Eran los tres iguales y uno de ellos se adelanto extendiendo el brazo

al tiempo que abría su mano como si fuera una bandeja y le entregó al general un pañuelito bordado por una “granadera” en el cual se leían las letras R y J (Remedios y José). Este era un regalo esencialmente argentino, popular y sincero. Por entonces las madres solían bordar los nombres de sus hijos en los pañuelos que llevaban al colegio. Un pañuelo bordado por la novia era el primer regalo que recibía un novio. Las esposas

bordaban en el pañuelo del esposo el monograma con las iniciales de ambos. El gaucho recibía de la china igual recuerdo, el soldado de la Independencia también llevaba un pañuelito bordado con el pelo de su amada.

Luna de miel

Finalmente los novios se retiraron rumbo a la finca de Demaría (cuñado de Remedios) en San Isidro. Creían que nadie los custodiaría pero Alvear, temeroso de que pudiera suceder algo en tan descampado trayecto, dispuso que una partida de quince granaderos hiciese escolta hasta San Isidro

Final triste con epitafio

Cuando Remedios agonizaba en agosto de 1823, San Martín esperaba en Mendoza lograr algún camino libre a Buenos Aires para ir a darle un último beso. Sobre su tumba en la Recoleta erigió un sencillo y modesto recuerdo que dice:

“Esposa y amiga del general San Martín”